



Un grupo de chilenos sale del Palacio de la Moneda agitando sus pañuelos en señal de rendición, durante el asalto al mismo del Ejército.

CITA CON LA RESISTENCIA CHILENA

En el asiento trasero de un viejo Fiat 600, con la cara hundida en un diario, yo fumaba Windsors chilenos, masticaba un durazno y, con él, me tragaba las ganas de mirar por la ventana e intentar ubicarme en el paisaje.

En el asiento delantero iban mis dos contactos para llegar hasta Jaime Gazmuri. En aquella soleada mañana de marzo, en Santiago, andábamos los tres dando vueltas y masticando duraznos, en dirección a ese «algún lugar» donde yo vería a Gazmuri para hablar con él sobre la resistencia chilena.

Cuarenta minutos antes, yo había cruzado la ancha avenida en dirección a una solitaria parada de colectivos, rodeada de césped bien cuidado; al fondo, la cordillera, distante y azulada.

En la parada, un muchacho con «La Tercera de la Mañana», doblada en la mano, sin leerla. Cumpliendo el ritual sencillo, le pregunté por un quiosco de revistas, y me acompañó media cuadra para luego indicarme el breve itinerario que yo debía recorrer hasta llegar a cierta esquina donde encontraría a otro muchacho leyendo «El Mercurio». A éste debía preguntarle si el diario traía información sobre el horario de los vuelos internacionales. Mi acompañante no dijo nada más y se alejó, tranquilo, dejando el diario doblado en mi mano. Sencillo y riesgoso, nada más que sencillo y riesgoso.

Fueron nueve cuadras de casas elegantes, espacio suficiente como

para que yo empezara a imaginar situaciones absurdas: olvidar lo que debería preguntar; confundir la esquina o encontrar un muchacho que estuviera leyendo el diario sin que tuviera nada que ver con la historia. Nueve cuadras largas y tensas: esos muchachos lectores de paradas de colectivos y de esquinas son dueños de secretos, peligrosos secretos. Cada uno de ellos sólo sabe lo estrictamente necesario para no poner en peligro la seguridad de los restantes.

Eric Nepomuceno

Cada uno se arriesga lo estrictamente necesario, y eso ya es mucho. Todos ellos están en la cosa. Más: son la cosa, una cosa tan noble como peligrosa.

Los dos conversaban, masticaban duraznos y se encargaban de que yo no disfrutara —en lo más mínimo— el paisaje.

Los dos son muy jóvenes. El gordo que maneja es el mismo de la parada de colectivos; el otro —pantalones de pana gastados, sandalias— es el que leía «El Mercurio». Como tantos otros, se juegan enteros en su misión de contactos. Ellos son la resistencia.

La cara de la muchacha puede ser tanto la de una estudiante de filosofía como la de una recepcionista de una oficina aséptica o la de una «baby-sitter». Me invita a

un almuerzo, adonde conoceré a Guillermo. Un almuerzo delicado, con vino blanco y un plato humeante de arroz y mariscos del Pacífico.

El almuerzo se realizó el día anterior al de mi encuentro con Gazmuri; algo así como una especie de preliminar.

Guillermo fue puntual, tranquilo y correcto. No dejó de elogiar el vino blanco, la olla de barro con arroz y mariscos, la claridad del día. Conversamos sobre escritores y otros países, hablamos de las

fos grandes héroes de una larga lucha que recién empezó.

ENTREVISTA

Estamos en la salita de una casa sencilla, en algún lugar de Santiago. Por la ventana se ven las laderas suaves de la cordillera. El silencio de la calle es interrumpido de cuando en cuando por los gritos de los niños que juegan a la pelota. En la salita, Jaime Gazmuri habla de la resistencia, de la lucha de los chilenos en busca de su liberación. Otra vez la búsqueda silenciosa y lenta, pero que en ningún momento deja de ser tenaz y decidida.

Gazmuri es secretario general del MAPU-OC. Junto a Miguel Henríquez, del MIR, es el último de los principales dirigentes que actúan en Chile. Habla con aplomo, un aplomo que inquieta cuando se piensa que su destino será la muerte si cae en manos de los militares.

● Estamos en la etapa que se caracteriza, primero, por la reorganización de los partidos y su adaptación orgánica a las condiciones de trabajo impuestas por la clandestinidad, y también, por la organización del frente político, que no es apenas el simple proceso de organización, sino también de desenvolvimiento de un frente popular consecuente con la situación del país. Se trata de algo que va mucho más allá de la reconstrucción de la UP. Finalmente, esta etapa se caracteriza por la reorga-

frutas de Chile. Fue un almuerzo cordial. Después, durante tres horas seguidas, hablamos sobre la resistencia, los riesgos y peligros, la fe y la tenacidad. Dijo palabras como libertad, dignidad y decencia. En hombres como aquél, palabras como éstas recuperan su sentido verdadero.

...

Los muchachos y las chicas se confunden en las plazas y en las calles, entre los vendedores de fruta, en el paisaje gris y pobre de Santiago, entre la gente callada y descolorida. Se confunden con el sol del fin de la tarde y los contornos apacibles de las montañas y los árboles.

Es fácil sentir, en cada uno de ellos, una fuerza inmensa: peque-

HORA H



CUATRO CLASICOS

HISTORIA DE LA CIVILIZACION IBERICA

O. P. Oliveira Martins. Prólogo: Juan Antonio Maravall. 160 pesetas.

LA RAZON EN LA HISTORIA

G. W. F. Hegel. Introducción: Antonio Tryol. 160 pesetas.

INEDITOS SOBRE LA REVOLUCION

Alexis de Tocqueville. Introducción: Dalmacio Negro. 120 pesetas.

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y DE TRIBUTACION

David Ricardo. Traducción y prólogo: V. Andrés Álvarez. 160 pesetas.

DE ACTUALIDAD

PORTUGAL: DEL SEBASTIANISMO AL SOCIALISMO

Joel Serrão. 90 pesetas.

ULTIMAS NOVEDADES

AZORIN Y FRANCIA

James H. Abboott. Prólogo: Julián Marías. 120 pesetas.

EL CARLISMO Y LAS AUTONOMIAS REGIONALES

Evarist. Olcina. 120 pesetas.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA OCCIDENTAL I: DE GRECIA AL ISLAM

Fernando Chueca Goitia. Volumen especial con 200 ilustraciones. 300 pesetas.

LA DROGA, PROBLEMA HUMANO DE NUESTRO TIEMPO

Francisco Guerra, Hiran R. Hagggett, Pedro de Vicente Monjo, Javier Sáez de Pipaón, Klaus Thomas, Hugo Solms, Juan Rof Carballo, Primitivo de la Quintana y Pedro Lain Entralgo. 120 pesetas.

EL PENSAMIENTO POLITICO DE JULIAN BESTEIRO

Andrés Saborit. 160 pesetas.

SINTESIS DE LA HISTORIA DEL PAIS VASCO

Martin Ugalde. 120 pesetas.

CITA CON LA RESISTENCIA CHILENA

nización del movimiento de masas, sobre todo en los medios obreros.

Creemos que ese conjunto de tareas se está cumpliendo. En cuanto a los partidos, los principales están actuando dentro de las nuevas condiciones. En cuanto al frente antifascista, nos queda mucho por hacer en los próximos meses, pero quiero aclarar que vamos bien.

—Tenemos que avanzar rápidamente en la reestructuración de la Unidad Popular, y en la unidad con el conjunto de la izquierda —particularmente con el MIR—. Hay también una tarea de mayor alcance que deberemos realizar: integrar la Democracia Cristiana a la alianza popular antifascista.

—¿Cómo se ha planificado el funcionamiento del frente político?

—Deberá haber una serie de comités de resistencia en cada centro de trabajo, en cada industria, etcétera. En muchos puntos del país, tales comités ya están formados por militantes de izquierda y por los sectores populares que integran automáticamente el frente antifascista. La línea divisoria ya no pasa simplemente entre quienes estuvieron en contra o a favor del gobierno de la Unidad Popular. Pasa ahora y directamente entre quienes están en contra o a favor de la dictadura.

—¿Cuándo empezarán a formarse los comités?

—Los comités ya están formados, principalmente en el área de propaganda, muy importantes en esta etapa de la lucha. La primera tarea de cada organización es crear condiciones para su propio funcionamiento clandestino, sin que ello implique cerrarse sobre sí mismo. La mayor dificultad consiste en crear un esquema político clandestino. Principalmente, un esquema político de agitación y propaganda, que son elementos fundamentales para la formación de condiciones objetivas de resistencia. La meta de esa etapa es formar un movimiento clandestino de resistencia de masas, pero eso, naturalmente, todavía está muy lejos de ser factible. Se trata, sin embargo, de una tarea que debemos emprender hoy y no mañana, insisto en esto, aunque no ignoro que es mucho todavía lo que hay por recorrer. Las condiciones objetivas favorables a la creación de la resistencia existen desde hace bastante tiempo y se ven permanentemente fortalecidas por las propias contradicciones de la Junta Militar.

—¿Condiciones objetivas o subjetivas?

—Bueno, naturalmente, es necesario transformar las condiciones subjetivas en objetivas. Los riesgos, para lograrlo, son enormes. Hay que montar un aparato de seguridad cada vez más perfecto. Hacer con que las formas de lucha sean impulsadas por la masa; o sea, que aumente la agitación realizada en forma directa (persona a persona), que circulen los panfletos, que la agitación llegue a las entidades oficiales. No podemos olvidar que, en los dos últimos meses, hubo entre cuarenta y cincuenta huelgas en Chile. Naturalmente, eso provocó una mayor represión, y hubo un

gran silencio y una especie de desconocimiento intencional de estos sucesos. Pero está probado que en muchos sectores ya existen condiciones para alcanzar algún suceso en forma inmediata. Los sectores del cobre, principalmente, jamás perderán su estado de efervescencia política. Hace un mes, la huelga de El Teniente —cuya difusión fue rigurosamente prohibida por la Junta— obligó a Pinochet a trasladarse allí. La reivindicación principal era la vuelta al sistema de reajuste salarial automático, la llamada «escala móvil» del salario, suprimida en enero por la Junta. Eso ya fue una respuesta.

—Vale decir que esa tensión existente en diversos medios obreros otorga nuevas dimensiones a la resistencia...

—Básicamente hay dos caminos: trabajar en todas las organizaciones de masas que no fueron declaradas ilegales, aunque su campo de acción esté sumamente restringido, y mantener en funcionamiento algunas organizaciones que son importantes —en el caso particular de la UP: la CUT (que el día doce de febrero emitió una declaración que tuvo buena repercusión)—. La CUT, naturalmente, fue disuelta por la Junta, pero sigue operando con resultados bastante alentadores.

—¿En qué situación se encuentra el campesinado?

—La situación en el campo es muy difícil, porque las condiciones de organización siempre son más delicadas en el campo que en los medios urbanos. La represión en el campo no sólo la ejerce la Policía, también la ejercen los latifundistas. En algunas provincias, grupos patronales ya habían retomado las tierras distribuidas por la reforma agraria entre los campesinos, antes de que la Junta los autorizara a hacerlo. Los despidos son masivos y la represión sobre los dirigentes es muy intensa. Es más fácil reprimir en el campo que en la ciudad, porque allí se cuenta con el apoyo de los comandos armados por los propios latifundistas. Los dueños del latifundio saben muy bien quién es quién, dónde vive, dónde se esconde cada hombre que buscan. El trabajo en el campo será más lento que el que desarrollamos entre los obreros.

—Y en el medio estudiantil, ¿cuáles son las condiciones para la penetración de la resistencia organizada?

—En el medio estudiantil, las condiciones no son diferentes: a muchos estudiantes se les cancelaron las matrículas de inscripción (sólo en Concepción, que contaba con dieciocho mil alumnos, seis mil tuvieron sus matrículas canceladas). Hubo intervención militar —en verdad, una auténtica militarización— en todas las Universidades. Hay soldados distribuidos en todas las aulas, y durante los exámenes de fin de año, por ejemplo, pudo verse por lo menos un soldado armado custodiando cada sala. Se eliminaron Facultades enteras de la Universidad de Chile. Pero creo que la restauración no tardará en llegar. Las condiciones, natural-

mente, no son fáciles, pero el medio estudiantil siempre permite el avance y la concentración de masas.

—En relación a las Fuerzas Armadas es importante recordar que fue uno de los sectores donde la represión actuó con especial dureza. Fue allí donde se iniciaron los fusilamientos. Altos oficiales de la Fuerza Aérea chilena fueron asesinados. Hay varios oficiales graduados detenidos, miembros principalmente de la FACH y del Ejército. En San Felipe, el comandante del regimiento —coronel Cantuarias— fue asesinado. Entre los suboficiales, la represión fue brutal, y sigue siendo brutal hasta hoy.

—Entre los muchos episodios que se cuentan figura el de un mayor que protestó por la conducta irregular de los agentes brasileños durante los interrogatorios. Ello bastó para que lo fusilaran inmediatamente. Muchos soldados fueron fusilados. Cayeron junto a miembros de la Unidad Popular, a quienes se habían negado a ejecutar porque no soportaban seguir cumpliendo con la orden de fusilar que habían recibido. Para los militares disidentes, la represión es brutal, y, naturalmente, no existe la mínima posibilidad de defenderlos —digamos— a nivel de Tribunal. Muchos de los militares fusilados fueron dados como desaparecidos en «combate con extremistas» y luego saludados como héroes nacionales. Los oficiales golpistas que evidenciaron un comportamiento más humano, fueron separados de sus cargos. En provincias, donde la represión fue menor, los jefes responsables por ella fueron alejados de sus funciones. Pese a todo, el factor resistencia repercute dentro de las Fuerzas Armadas, y si bien por el momento el eco es débil, ciertamente, irá creciendo.

—¿Cómo describirías los objetivos de esa fuerza popular antifascista, de esa resistencia organizada, más allá, claro, del lógico propósito de tratar de derrocar a la Junta?

—El objetivo estratégico es obvio: derrocar a la dictadura y establecer un gobierno democrático, construyendo un nuevo Estado efectivamente nacionalista, antimonopólico, democrático popular. Eso sólo será posible cuando sea creado un frente político y social de mayores dimensiones que las actuales, con características que permitan ir enfrentando progresivamente a la dictadura. Hoy estamos en la etapa de construcción, tanto en el terreno político como en la línea de masas. Es un frente mucho más amplio que la Unidad Popular. Incluye la Unidad Popular, el MIR y deberá incluir a la Democracia Cristiana. Y, además, a todos los elementos democráticos del país. Pensamos que es posible desarrollar ese frente porque la dictadura crea condiciones objetivas sumamente favorables en casi todo el país. La restauración capitalista se cumple hoy con más saña que nunca en nuestra historia. La dictadura no tiene frenos: además de la represión física, existe en el plano económico una política que literalmente condena al hambre a la gran mayoría del país, y a una situación



Prisioneros políticos en el estadio nacional de Santiago de Chile.

muy dura a las capas medias. Desde el punto de vista ideológico y cultural, es una represión que pocas dictaduras fascistas se permitieron en el mundo. Eso genera una resistencia espontánea. Lo que tenemos que hacer es darle expresión orgánica y de masa a esa resistencia. Es aquí donde surge el problema de los objetivos concretos: aglutinar a la mayoría del país contra la política de la Junta y ver cuál es el tipo de lucha que, efectivamente, pasará a ser desarrollada por la masa. En el plano político hay conciencia de una necesidad nacional de poner fin al estado de guerra. La lucha por el logro de ese objetivo es capaz de unir a la mayoría de la población contra la Junta. Desde el punto de vista económico, pleiteamos el reajuste de los ingresos. Eso afecta al setenta y cinco por ciento del país. Ya se conocen muchos testimonios de la represión. Es necesario comenzar a reunir urgentemente testimonios del hambre desatada.

—¿Cómo se ubica tu agrupación frente al MIR?

—Pensamos que es posible llegar a establecer con el MIR un acuerdo amplio con respecto a las cuestiones tácticas fundamentales. No hay ningún partido en Chile que proponga la resistencia armada como tarea inmediata. Eso figura en una declaración conjunta que incluye al MIR.

—Pero eso no significa que la lucha armada esté soslayada...

—Es imposible prever la forma en que tendrá lugar el choque entre las masas y la dictadura. Ciertamente, el fascismo va a recurrir a todas sus fuerzas para resistir, y nosotros debemos tener eso permanentemente en cuenta. Pero cómo vamos a encarar o resolver eso es algo que no podemos saber por ahora; primero, porque todo va a depender de la amplitud de nuestra fuerza de resistencia y del grado de aislamiento de la Junta, y tam-

bién del grado que alcance la resistencia en el interior de las Fuerzas Armadas. Actualmente estamos estudiando y desarrollando esta cuestión. No se puede decir nada por el momento. Pienso que el frente podrá ser muy amplio y está en pleno desarrollo. Vemos buenas perspectivas en el interior de las Fuerzas Armadas. Por lo demás, tenemos que esperar el momento justo para determinar cómo se resolverá el problema. Nos parece fundamental conocer la correlación de fuerzas, porque en el momento culminante valdrá la fuerza. Sólo podemos evitar el choque armado si tenemos mucha más fuerza que el enemigo, aislándolo para que no pueda vencernos. Pero será algo muy difícil. Por eso debemos estar preparados para todo.

—¿Ustedes se fijan plazos de alguna naturaleza?

—Pensamos que las condiciones históricas señalan que la dictadura será corta, especialmente por la velocidad con que se desarrollan sus propias contradicciones. Pero un periodo históricamente corto no puede contarse en meses. La Junta militar chilena resulta ser mucho más desgastable y vulnerable que las otras dictaduras militares de América Latina. Mucho más frágil, por ejemplo, que la de Brasil. Nosotros tenemos apuro, pero no estamos desesperados.

—¿Cuál es, para ti, el panorama actual en Chile?

—Una de las cosas que veo con mayor claridad es la existencia de dos países. Uno es el país oficial, aséptico, ordenado, las calles limpias, aunque con algunas deficiencias en los servicios públicos... En este país oficial, aparentemente no existen problemas. Pero existe, además, el país real, que se caracteriza, desde el punto de vista cotidiano, por una vida cada vez más intolerable para la mayoría de las personas. Desde el punto de vista de la vida material, vivimos en

condiciones que no conocimos nunca. Es muy frecuente oír decir a los trabajadores que no se recuerdan condiciones de existencia como las que se vieron en estos dos últimos meses, y los trabajadores no fueron nunca lo que se dice prósperos. Hoy, la represión sofoca toda expresión pública de desacuerdo. Además, la represión física, directa, afecta a un porcentaje muy alto de la población en todo el país, principalmente si sumas los millares y millares de muertos y otros millares y millares de detenidos y los desempleados que hay ahora (cerca del diez por ciento de la clase trabajadora en todos sus niveles perdió su trabajo). Sumando todo eso se llega fácilmente a la conclusión de que, prácticamente, no existe familia chilena que no haya sufrido consecuencias físicas directas y concretas por parte de la represión. Eso afecta también a las camadas más altas de la población: nosotros concemos muchos médicos que resolvieron dedicarse a la venta de guardapolvos escosares...

—¿El terror tiende a aumentar o a disminuir?

—Yo creo que el terror irá desapareciendo gradualmente. Así, al menos, parece ser si se compara, por ejemplo, la reacción de determinadas áreas en noviembre, diciembre y ahora. Antes no se decía absolutamente nada. Ahora ya se oyen protestas mínimas, como, por ejemplo, en lo que atañe a los transportes colectivos. Es cierto que son cosas mínimas, pero ya es algo.

—¿No te parece peligrosa esa actitud forzada de querer demostrar aparente normalidad? ¿No puede llevar a la creencia de que, realmente, todo está bien, es decir, a la resignación?

—Claro que es peligrosa, pero también es muy peligrosa la miseria, porque podrá llevar a luchar por la sobrevivencia con todas las fuerzas. Existe una gran conciencia

de la real situación de Chile, y eso es lo fundamental. La penetración de la Junta Militar, a pesar incluso de toda la campaña de prensa que intenta vender una imagen «humanista» de Pinochet, es mínima, ridícula. Nadie, ni siquiera los sectores que estaban contra la UP, muestran el menor entusiasmo por esta dictadura.

—¿Qué imagen tiene el pueblo de Allende? Se está haciendo una violenta campaña de prensa, que va más allá de todo límite ético y de toda decencia, contra el Presidente muerto. ¿Qué ha quedado de su imagen?

—En el país real, la imagen de Allende se ha fortalecido. Es una imagen de profundo respeto, vigente, incluso, entre quienes fueron sus enemigos. La campaña verdaderamente repugnante que se montó contra él es negativa para quienes la fomentan, nunca para su memoria. La imagen de Allende hoy trasciende totalmente la imagen eventual del político tradicional que él pudo haber sido algún día en algunas áreas específicas. Su coherencia y el coraje personal que demostró el once de septiembre han producido un impacto muy profundo y duradero. Cada vez se conoce más la verdad de lo ocurrido en La Moneda. La versión del suicidio, por ejemplo, ya fue retocada muchas veces. Quedó muy claro que Allende enfrentó todo hasta el fin, hasta ser asesinado.

—¿Y la imagen de los políticos y de los dirigentes que se asilaron?

—Realmente, en algunos niveles populares, el asilo buscado por algunos repercutió muy mal. Pero no es éste, de ningún modo, el caso de Altamirano, por ejemplo. Hubo durante meses una cacería descomunal realizada por la Policía y por los militares que lo andaban persiguiendo. Por eso todos entendieron que él tenía que salir del país. Una vez que su salida se concretó, ella tuvo incluso una repercusión favorable. Una imagen totalmente diferente de la del dirigente que en el día del golpe salió a golpear las puertas de las Embajadas.

—¿Cómo definirías la posición de la Iglesia chilena en la actualidad?

—Como bastante digna. Con todas las limitaciones naturales y con todos los límites impuestos, la Iglesia defiende —y mucho— los derechos humanos. Hay un comité nacional de todas las Iglesias chilenas que se encarga de la asistencia a las familias y de la defensa de los detenidos, y desarrolla una actuación realmente muy importante. Muchas de las declaraciones que pudieron ser publicadas deben ser interpretadas siempre teniendo en cuenta la situación interna del país, porque la represión también afectó a la Iglesia, especialmente a la Iglesia católica. Varios templos fueron invadidos, y se fusilaron en Santiago por lo menos a cuatro sacerdotes, además de los muchos que fueron detenidos y más tarde liberados, desconociéndose su estado de salud. ■ F. N. Abril, 1974. Versión del portugués de SANTIAGO KOVADLOFF.